

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, 1.

AL DIA

Hemos oído asegurar que nuestro Alcalde entrante tiene propósitos de realizar importantes mejoras en los diferentes servicios al Municipio encomendados.

Se dice que la Guardia Municipal será reformada, haciéndola perder el aspecto casi repugnante que hoy presenta, obligándoles á usar la cotidiana limpieza tan necesaria á toda persona y mucho más á los que de algún modo representan autoridad. Además, descartando algunos elementos, cuyas aptitudes no rebasan ciertamente lo necesario para atender á las necesidades domésticas, y reforzándola con nuevos elementos, se pretende hacer un cuerpo útil para los distintos servicios á él encomendados, como lo es en otras capitales.

Ciertamente que con exigir que los guardias municipales, no tengan más de 40 años ni menos de 25, y adecentarlos en su indumentaria, dedicándolos á algo más que al servicio de Ordenanzas, (para cuyo objeto podrían dejarse los viejos que hoy existen), aun sin montarlos á caballo, habrá realizado importante mejora digna de general aplauso, que nosotros no le hemos de regalar, como á todo lo que sea en bien de Murcia.

La guardia municipal para que llene su objeto y fines cumplidamente, deben purgarse de elementos inútiles, llevando á ella personas jóvenes, en la plenitud de sus energías, y robustecer su autoridad enseñándoles el cumplimiento de su deber mediante una organización semimilitar. Solo el que está poseído de su propia dignidad, y se respeta así mismo, puede obligar á los demás á que los respeten.

Por amor á Murcia repetimos, celebraremos se confirmen estas noticias y cuente el Sr. Alcalde con el general aplauso, si emprende este camino.

UN SIMBOLO

Corría el tren con velocidad uniforme, dejando tras de sí como único recuerdo, blanca estela de humo anunciando su paso con el irritante silbido de la locomotora. Se sucedían panoramas encantadores, ro-

cas agrestes; pequeñas parcelas cultivadas; grandes, inmensas extensiones incultas; magníficas posesiones, humildes casas á cuyas puertas aparecían como muñecos autómatas los pobres guardavías que, envueltos en deshilachadas bufandas pretendían guardar sus cuerpos del frío de la mañana; y de aquella para mí larga cinta de cinematógrafo, tan sólo quedaba en mi cerebro, la silueta del terreno inculto, abandonado, de la pequeña charca de agua encharcada despidiendo miasmas de muerte, gérmenes de enfermedad: terreno el uno, que bien trabajado, con surcos abiertos que condujesen el agua á sus profundidades, podría ser productor estimable; charca la otra, que removida hasta sus entrañas para que la soleara el astro del día, podría convertirse en vergel de flores, en huerto de sabrosos frutos.

Y de deducción en deducción, vino á mi mente el recuerdo de un pueblo vencido, donde el comercio y la industria, la agricultura, base de toda producción, arrastran una vida raquítica, precursora de una ruina fatal, pueblo en el que la emigración se lleva millares de brazos útiles á la tierra cuando en ella hay tanto terreno que espera la bendición del trabajo, del santo trabajo, tanto veneno de riqueza sin explotar...

Allá lejos, en el horizonte, donde nuestra vista confunde cielo y tierra, distinguí un ignorado labrador que removía el rruño en que naciera y en el que tal vez hallaría su sepultura; nada le distraía en su ruda faena, trabajaba con actividad avariciosa, laboraba con fe redentora.

¿Por qué no había de ser un símbolo de redención aquél labrador que buscaba en el trabajo del terruño nativo el bienestar presente y el ahorro que endulzara las tristezas de su vejez?

MANUEL MARTINEZ PARRA.

Córdoba, Enero 1904.

LA MADRE

Siento al comenzar este artículo, la inquietud afanosa de la duda, el tormento de la desconfianza. Con la pluma sobre el papel vacilo aún; temo desfigurar lo que es muy bello y muy grande, profanar lo que considero sagrado. Hay cosas que se ven, se sienten y, sin embargo, no se pueden expresar.

Existen armonías que no sabe cantar el poeta, cuadros que desafían al pincel del más hábil artista.

¿Qué he de hablaros de la madre. ¿No conocéis, quizá, ese inundo abismo de cariño y de consuelo, ese adorable misterio de virtud y de belleza, esa humanidad casi divina? Los que veáis en el mundo de los

recuerdos el astro que de plácida luz inundó los días de vuestra infancia, el ángel que os adormía al rumor de un cantar melancólico y suave como los suspiros y los céfiros, el cielo de risueñas esperanzas que alegraba vuestro despertar; los que más dichosos conocéis aún á lo que os dió todo su corazón después de daros la vida, sabéis más de lo que puedo decir.

El Evangelio, esa obra tan magnífica que nace y triunfa en la grandiosa epopeya del Calvario, reivindica para la mujer el lugar que á la altura de su misión correspondía. En esa sublime escena que á través de los siglos me asombra, hay una figura patética y esplendente. Es María.

Figura necesaria en tan gigante drama, porque representa á la naturaleza inteligente que sufre y llora en el parasismo del dolor.

¿Quién es María? ¿Quién ha completado el cuadro? Reflexionadlo. Es la madre.

¡La madre! Suprema sacerdotisa de esa religión universal que se llama amor.

Los deseos, las esperanzas, las dichas de una madre, se condensan en un sólo objeto; pueden formularse en una sola expresión: sus hijos.

Entregad á una madre las páginas de la mitología y de la Historia, y no comprenderá la rigidez estóica de Juno Busto, ni la severa firmeza del tercer Félipo, ni la heroica lealtad de Guzmán el Bueno; pero maldecirá á Agaoz, á Medea y á las mujeres de la belicosa Esparta, con toda la energía del horror, con la noble y santa indignación de una divinidad ultrajada.

Cualquier otro afecto por más noble y más puro que sea, no puede compararse siquiera con el de la maternidad; siempre tendrá en su fondo un punto oscuro; el choque de la reflexión. Es el yo que se repliega, es el mismo afecto que solicita el precio de su existencia.

El corazón de una madre no se puede comprender; su amor es inexplicable.

Los demás afectos presentan siempre un lado por donde pasa luz que puede guiar nuestras investigaciones; pero si á la misma madre preguntáis porque ama tanto á sus hijos, os contestará con adorable sencillez: porque los amo.

La mujer se absorbe, se embriaga en ese amor hasta llegar al delirio.

Es perla que corre loca y extrañada en los abismos del Oceano, la idea desvanecida entre los confusos labarintos de un sueño, el átomo arrebatado y perdido en la inmensidad del espacio.

La diáfana sonrisa de un niño, es un tesoro de esperanzas para la madre.

Nada hay en el mundo más digno de compasión que un niño huérfano; créole un pájaro sin nido y sin alas; una estrella que apenas

luce, trémula en una noche tempestuosa.

Mas... estoy equivocado: Ninias ensangrentado y sentándose sobre el trono de Semiramis, es un espectro que maldecirán los siglos. El hijo que no ama á su madre, es más infeliz que el huérfano; es un dasherredado del cielo.

SATURNINO RODRIGUEZ.

EH!... PÁRA!...

Paró el tren.

Ya de noche, unos viejecitos han salido á la estación en un pueblecito de la Mancha; traen su hija... Contará dieciseis años, menuda, de diminutas y graciosas facciones tostadas por el sol, sana, candorosa... ¡una florecilla del campo!...

La envían á Madrid con el santo propósito de que se ponga á servir, á ver si hace una buena suerte. Les daba pena verla trabajar en la extensa llanura lo mismo que los hombres, como bestia de carga...

Se han unido los tres en estrecho abrazo de despedida; se han dado muchos besos; después, la muchacha ha subido al tren, sola, á la buena de Dios. Los viejos desde el andén, le hacen, con amante celo, juiciosas recomendaciones:

—No te asomes á la ventanilla, que se pudiese abrir la portezuela y te pudieses caer.

—¡Ay, Dios mio!

—El billete ahí le llevas... ten cuidado, que pudieras perderle.

—Y en Madrid, á ver cómo te portas!...

—Que no dejes de escribir.

—¡Hijita mia!...

Ha partido el tren... Los viejecitos quedan llorando y sus vagas siluetas, allá en el andén, se alejan, se pierden... La muchacha en el vagón, también llora, sentada con abatimiento en el duro banco de madera... ¡doblada la cabeza sobre el pecho como florecilla tronchada!...

Y vuela el tren por el infinito llano de la Mancha en la negra noche sin luna.

El tren marcha.

La muchacha llora inconsolable, hilo á hilo, con suspirar silencioso, como si hubiera de llo-

